

rio gracioso, incisivo a veces, el análisis objetivo y serio, los gustos y afectos del escritor, conforman una microhistoria literaria, mediante el viaje sheridaniano que cede a la "invitación al viaje" de los Contemporáneos.

La edición del libro está sumamente cuidada y vigilada. Mínimas erratas, algún dato que se escapa de control (en la página 42 se nos dice que Ortiz de Montellano nació en 1897 y 10 páginas después se cambia su nacimiento a 1899), el índice registra erróneamente en una misma página el proemio y el primer capítulo. Es un libro armado, escrito y revisado con mucho gusto, por decir lo mínimo. Apuntalado en una investigación hemerográfica y bibliográfica de muchos años, publicado en parte en revistas y periódicos, comentado previamente por conocedores, *Los Contemporáneos ayer* se ha dado tiempo para publicarse casi impecablemente, lo que coincide con la inteligencia, sensibilidad y capacidad crítica y creativa del autor.

Se echa de menos, sin embargo, una discusión más amplia con la crítica literaria actual que se dedica a los Contemporáneos. Sheridan se apoya en ella, pero casi no la cuestiona. Y en lo que a historia se refiere, su marco de referencia es casi exclusivamente *Caudillos culturales de la revolución mexicana*, por lo que su visión y enfoque pueden resultar unilaterales. Por lo demás, la parcialidad que de entrada marca entre los dos grupos de Contemporáneos se debe a sus preferencias, y tiene todo el derecho de hacerlo. El lector sabrá tomar partido.

SARA POOT HERRERA

El Colegio de México

Romancero tradicional de Costa Rica. Ed. Michèle S. de Cruz Sáenz. Pref. de Samuel G. Armistead. Transcripciones musicales de Christina D. Braidotti. Juan de la Cuesta, Newark, DE, 1986; xxxi + 138 pp.

Las escasas publicaciones de romances tradicionales en Costa Rica han tenido, generalmente, una difusión local, por lo que los estudiosos del romancero no tenían a su alcance el corpus de versiones de ese país. La recolección de la profesora Cruz-Sáenz viene, pues, a llenar un vacío en el conocimiento del romancero americano.

La introducción de la autora describe sus diferentes viajes con observaciones muy interesantes sobre el ambiente y los cambios culturales hallados. Muy interesante también es el prefacio de S. G. Armistead, eminente romancista, que hace una historia sucinta de la recolección del romancero oral, con abundantes notas eruditas. Otro mérito de la edición es el haber incluido las transcripciones musicales, aspecto no

siempre atendido en este tipo de publicaciones. La recolección en sí, como la autora misma dice, presenta poca novedad; los temas hallados son parte de los más difundidos en Hispanoamérica, pero nos dan una idea cabal del estado de la tradición costarricense.

De los 25 temas publicados, sólo 13 son romances tradicionales (y en ellos incluyo el fragmento del entierro fuera de sagrado, que es un simple motivo), o sea que este "romancero tradicional" es más bien una miscelánea de la poesía oral costarricense; contiene, además de los romances tradicionales¹, romances semi-cultos (*La muerte del príncipe*), vulgares (*El hermano incestuoso*), canciones seriales (*El piojo y la pulga*, *Los diez perritos*), canciones de rueda (*La viudita del conde Laurel*, *Doña Ana* y varias más), canciones semi-populares (*El barquero*) y arrullos. Todos estos textos, que abarcan casi la mitad de lo recogido, son muy dignos de ser recolectados y publicados, mi única objeción es que se incluyan bajo el título de "romances tradicionales". Esto no es un error de la profesora Cruz-Sáenz, sino una práctica muy extendida entre los investigadores que editan sus colecciones y que quizás piensan que este título tiene más prestigio que el de "cancionero oral".

La bibliografía es excelente en lo que respecta a publicaciones costarricenses, pero muy pobre para el resto: sólo se incluye lo citado en las notas (6 publicaciones sobre Hispanoamérica, 4 sobre romancero sefardí, 3 sobre romancero español y 1 sobre portugués, así como 2 estudios sobre sendos romances y 1 colección española de canciones y coplas). El remitir al lector, como lo hace la autora, a la bibliografía incluida en el libro de G. Beutler, no se justifica de ninguna manera (además de que el libro de la Sra. Beutler se publicó hace más de 15 años, por lo que falta, lógicamente, una buena parte de la bibliografía especializada).

Las notas a los temas (pp. xxiii a xxxi) son quizás la parte menos valiosa. Son rápidas y superficiales y adolecen de falta de información, tanto en lo referente a los estudios (sería imposible citar todos los faltantes) como en lo que respecta a la difusión americana de cada romance; por ejemplo, faltan en *La fe del ciego*, México y Uruguay, en *Delgadina*, Luisiana, en *Blancaflor y Filomena*, Uruguay, en *La vuelta del marido (las señas del esposo)*, Ecuador, en *Hilitos de oro*, El Salvador y Panamá, en *Don Gato*, Cuba y Panamá, en *Mambrú*, Ecuador, Panamá y Perú, y en *A Atocha va la niña*, Puerto Rico. Algunas de estas omisiones causan extrañeza, puesto que los textos se hallan en publicaciones muy conocidas y que la autora usa en otras ocasiones.

Hay en estas notas una omisión importante: el no consignar que las versiones de *Santa Catalina* pertenecen, no a las del romance tradicional español ("En Cádiz hay una niña..."), sino a las de una canción

¹ Que son los siguientes: *¿Por qué no cantáis, la bella?*, *La fe del ciego*, *Delgadina*, *Blancaflor y Filomena*, *Bernal Francés*, *Las señas del esposo*, *El marinero*, *Alfonso XII*, *Hilitos de Oro*, *Don Gato*, *Mambrú*, *A Atocha va la niña* (doy los nombres más comunes, que no son siempre los usados).

francesa difundida en América por las monjas enseñantes. Esta falta de información (error que también tiene la Sra. Beutler, a la que la autora parece seguir en casi todas las notas) falsea desde luego su panorama de difusión, puesto que incluye en él tanto al romance español como a la canción francesa.

Otras observaciones más a esta publicación: *Doña Ana* no es una canción costarricense, como bien sospecha la autora, pero no deja de sorprender que no la haya localizado en otros países, pues se encuentra en cancioneros españoles e hispanoamericanos. El texto 1c no es el del romance *¿Por qué no cantáis, la bella?*, sino el de un villancico muy conocido, que sólo tiene en común con el romance una parte de su primera estrofa. “Al estilo del *Durazno*” (p. 7) (como “al establo del *Durazno*”, p. 6) no es, como sugiere la autora, una referencia a una familia local, sino una deformación del motivo que aparece en algunas versiones mexicanas: “al estado de Durango”. Hubiera sido interesante señalar la influencia mexicana a propósito de este detalle, influencia que también es notable en algunas versiones de *Bernal Francés*. La copla paródica de *Mambrú* (p. 69) debería haber sido anotada como tal y no tomada como una versión del romance. Finalmente, señalo un error de transcripción: “no *hay* yo con quien” por “no *hallo* con quien” (p. 39).

Es de lamentar que una publicación de una editorial tan prestigiada como lo es Juan de la Cuesta, contenga erratas y sobre todo faltas de ortografía, generalmente confusiones entre *z* y *s* (sancudo, jasmín, razguño, asadón).

Pese a todo lo anterior, la publicación de los textos es, como dije, interesante y valiosa para el especialista y no hay duda de que la profesora Cruz-Sáenz ha hecho un aporte a nuestro conocimiento de la tradición de Costa Rica y ha ampliado notablemente el panorama textual del romancero americano.

MERCEDES DÍAZ ROIG

El Colegio de México